

en el arte existe la escuela naturalista, la tendencia realista y junto a ellas todas las corrientes que el erudito clasifica y distingue para reducir las, en fin, a una cifra... Más, por encima de esta discriminación y esta gama, está el tono, el carácter personal, el temperamento que en razón de su identidad, hace olvidar lo genérico y al fin sólo queda en el ambiente una sola voz, una sola palabra: él, vale decir un escritor que vive su obsesión, su propio universo de estrellas o de hormigas. Juan Donoso es este buceador, este artesano iluminado. Sus manos se mueven en la crasa materia, pero su alma deambula más allá de esas manos; de ese modo la materia se va modificando en una armonía íntima que no puede mirarse desde fuera. Es necesario asomarse a la humilde cámara secreta y entonces, de seguro, el espíritu menos dispuesto, se encontrará apaciguado y luego, quizás, conquistado por aquella humilde y suave claridad donde la angustia es llevadera.

He ahí el realismo de *Las leyendas del hombre*. Hay allí una luz, quizás brumosa, acaso lívida, que nos aleja de lo simple y brutal, de lo descarnadamente objetivo. Se animan en la sensibilidad del escritor felices elementos que en el trance permiten esa vibración interior y esa atmósfera en que lo pretérito y lo actual, la imagen vagabunda y la visión directa, se confunden o se suceden, generando esa perspectiva alada que envuelve cada instante.

Hacer de la vida un mundo infinito, evadirse siempre. Tal parece ser el destino secreto del protagonista y quizás del autor. *Las leyendas del hombre* parecen certificarlo felizmente, y en cada instante: "¿Qué era el mundo para ellos? ¿Qué significado tenía para ellos la multitud? Sin embargo, ellos se movían en un clima íntimo, sensible, vivo, palpitante como el interior de una llaga. Inconscientemente, sus espíritus se confundían, en ciertos casos, más allá de la miseria del cuerpo" (página 22).

■

"CALICHE", por *Luis González Zenteno*. Nascimento

He aquí un drama elemental, volcado en los grandes planos de la novela. La pampa salitrera, en su latitud aplastante, a menudo se

ha negado a la medida de lo literario, a la gama de lo subjetivo y secreto. Aquel escenario primigenio, espectral y monstruoso, que respira los vientos del Génesis, debería ser captado, como lo es su realidad física, a golpes decisivos, seccionado en sus zonas esenciales, para vaciarlo en los espacios de una novela directa, construída con pulso ciclópeo, sin concesiones retóricas ni sutiles perspectivas.

Se advierte en *Caliche* la vida de la pampa en trance de dominar los sentidos y la entraña del escritor. El libro pugna, desde la primera a la última página, justamente y de modo paradójal, por exceso de pujanza, de aliento primitivo. Defendiéndose a veces de tales potencias, el escritor encuentra remansos y medias tintas; en tales casos y a modo de fresco en la ardiente soledad del desierto, se enhebran las imágenes y la emoción aflora con ritmo plácido creando aquel sentimiento que sirve de liviano contrapeso a la reacción brutal de cada momento.

Estamos, pues, ante una novela de captación directa. Los tipos contribuyen a definir la visión cósmica con sus reacciones exacerbadas por el instinto. El desierto excita hacia un pulso dinámico, febril, despiadado, debido, en gran parte, a la lucha entre la voluntad del hombre que barrena su entraña y el magnetismo de la tierra que precipita la fatal debilidad humana. El libro está escrito con pulso de motor a escape abierto y el personaje central, Barrera, "El Laucha", inorgánico y sorpresivo como la pampa, encuentra su afirmación y contraste en el camión que maneja, cuyo brutal latido ensordece los espacios del libro.

Las contiendas del hombre en tal escenario, son simples. La pareja humana se mueve bajo el acicate del amor y a veces una llamita de emoción apunta sobre la carne afiebrada. Pero el drama, como ya sucediera en *Norte Grande*, de Andrés Sabella, se canaliza poco a poco hacia la protesta social. La muerte de uno de los personajes, un anarquista, a manos de la policía, impregna de turbias luces las últimas páginas del libro.

Los próximos trabajos de Luis González, deberán darnos el valor permanente de su obra literaria.—*Lautaro Yankas*.



“EL SIGNIFICADO DEL SIGNIFICADO”, de *C. K. Ogden e I. A. Richards*. Buenos Aires, 1954. Edit. Paidós, 372 págs. (Traducido de la décima edición inglesa, por el profesor Eduardo Prieto).

El subtítulo de esta obra de los profesores Ogden y Richards, es “Una investigación acerca de la influencia del lenguaje sobre el pensamiento y de la ciencia simbólica”. Sus últimas cien páginas están dedicadas a dos ensayos suplementarios: uno, de Bronislaw Malinowski —“El problema del significado en las lenguas primitivas”—, y el otro, de F. G. Crooshank —“La importancia de una teoría de los signos y una crítica del lenguaje en el estudio de la medicina”.

En el prefacio a la primera edición, de 1923, los autores explican: “Las páginas que siguen, algunas de fecha que se remonta a 1910, han aparecido en su mayor parte en forma de artículos entre 1920 y 1922, y surgieron como tentativa de tratar en forma directa las dificultades originadas por la influencia del lenguaje sobre el pensamiento”.

El tema es complejo, y el plan que se siguió ha sido detallado minuciosamente en el índice, de modo que puede captarse de una ojeada todo el conjunto.

En el capítulo I, *Pensamientos, palabras y cosas*, se exponen los principios de la Semántica haciéndose una crítica a las posiciones adoptadas por Postgate y Bréal. El punto de partida es Ferdinand de Saussure, “escritor considerado quizás por la mayoría de los estudiosos franceses y suizos como el primero que estableció la lingüística sobre una base científica” (pág. 30). Para de Saussure, “un signo es doble, constituido por un concepto (*signifié*) y una imagen acústica (*signifiant*), ambas entidades psíquicas” (pág. 32). Los reparos que formulan Ogden y Richards a los postulados del autor del *Curso de Lingüística General* se basan en la consideración de que “esta teoría